

# EL ZAPATERO QUE REMENDABA CORAZONES

Silvia Arazi

ILUSTRACIONES DE Alejandro O'Kif



# EL ZAPATERO QUE REMENDABA CORAZONES

**Silvia Arazi**

ILUSTRACIONES DE **Alejandro O'Kif**

# UNO

**E**n una pequeña aldea, parecida a todas las aldeas, vivía un hombre que no se parecía a nadie.

Un viejo zapatero llamado Petrus.

Un hombre seco, avaro, gris.

Un hombre desagradable, sí, pero con una cualidad única, un don extraordinario: sabía remendar corazones.

¿Su apellido? Nadie lo sabía.

Lo llamaban, simplemente: Petrus, el zapatero.

Tal vez no tenía apellido.

Ni familia.

Ni historia.

Hay personas así, tan diferentes, que parecen surgir de la nada.

Y Petrus era un hombre singular.

Tal vez, quién sabe, tal vez venía de la Nada.

Nunca salía de su taller.

No se le conocía familia ni amigo alguno.

Y era allí, en ese cuartucho oscuro, lleno de zapatos, herramientas y cordeles, donde Petrus comía, dormía y atendía a sus clientes.

Desde la mañana hasta el anochecer.

## DOS

**D**esde lejos llegaban todo tipo de personas. Estudiantes, sastres, filósofos, pasteleros, bailarinas, sacerdotes, funcionarios, maestras, planchadoras, músicos, jardineros, abogados, novicias, payasos, jueces, magos, barberos, cómicos, cocheros, saltimbanquis, coristas, sabios, cocineras, astrólogos, ¡hasta príncipes de reinos remotos!

Y esperaban lo que fuera necesario.

Bajo el sol ardiente.

Bajo la lluvia.

Bajo la nieve.

La fila era larga.

Tan pero tan larga, que serpenteaba, entre las calles de piedra, hasta perderse en el horizonte.

Algunos llevaban libros para pasar las horas.

Los más precavidos, armaban carpas junto al río.

Hablaban distintas lenguas y vestían de modo diferente, pero todos tenían algo en común: la ilusión de que Petrus, el zapatero, remendara su corazón herido.

## TRES

**P**etrus atendía a todos.  
O mejor dicho, a cualquiera que pudiera pagar  
la abultada suma que cobraba.

Treinta monedas de oro por corazón.

Ni un peso menos.

Si alguien no podía pagarle, de inmediato le cerraba  
la puerta en la cara.

Tampoco aceptaba niños.

¡Odiaba a los niños!

Bastaba con mirarle la cara al escuchar sus voces, sus  
llantos o sus risas.

Era curioso que ese hombre, seco como la suela de  
un zapato, tuviera una tarea tan noble y delicada.

Pero así era.

La vida no siempre es comprensible.

## CUATRO

**S**e decían muchas cosas de Petrus.  
Que había aprendido su arte de un gran mago,  
de un sastre, de una adivina mulata.

En realidad, solo eran suposiciones. Nadie lo sabía.

El zapatero era un hombre raro, rodeado de misterio.

Cuando los clientes entraban al taller, de inmediato comenzaban a llorar sus penas. Buscaban consuelo, comprensión.

Tenían mucha necesidad de ser escuchados.

Petrus los interrumpía enseguida.

No tenía tiempo para escuchar historias tristes. Ni quejas.

Con voz firme les pedía que se quitaran el abrigo y se sentaran frente a él.

Luego se colocaba las gafas en la punta de la nariz y, de una sola mirada, lo veía: todo.

Como si fueran libros de cristal, Petrus podía leer el estado de sus corazones.



Hacía rápidas anotaciones en su viejo cuaderno, y en solo minutos, daba su diagnóstico.

*Corazón añoso.*

*Tres heridas severas.*

*Un tajo horizontal de seis centímetros y dos de profundidad.*

*En el ventrículo izquierdo, dos cicatrices... y un parche mal cosido.*

Después cerraba los ojos y balanceaba la cabeza de un lado a otro, como un péndulo.

Su cara se ponía roja, carmesí, y su pelo –bastante despeinado de por sí– se convertía en un plumero loco.

Como si recibiera instrucciones del Másallá, el zapatero asentía con la cabeza. Una y otra vez.

Y repetía unas palabras extrañas (palabras que no eran de este mundo).

–Hlshera uiqué, fiesle, fiesle...

Hutrecá. Qui, qui... Nugueru rurú.

A veces se paraba y agitaba los brazos como un molino.

–¡Nugueru rurú! –gritaba.

Los clientes empalidecían.

Se llevaban las manos al pecho.

Temblaban.

Se retorcían de dolor.

Muchas mujeres se desvanecían en la silla.

El procedimiento no era sencillo, es verdad, y solía ser bastante doloroso.

Pero todos salían de lo de Petrus con una sonrisa de alivio. Y un corazón reluciente.